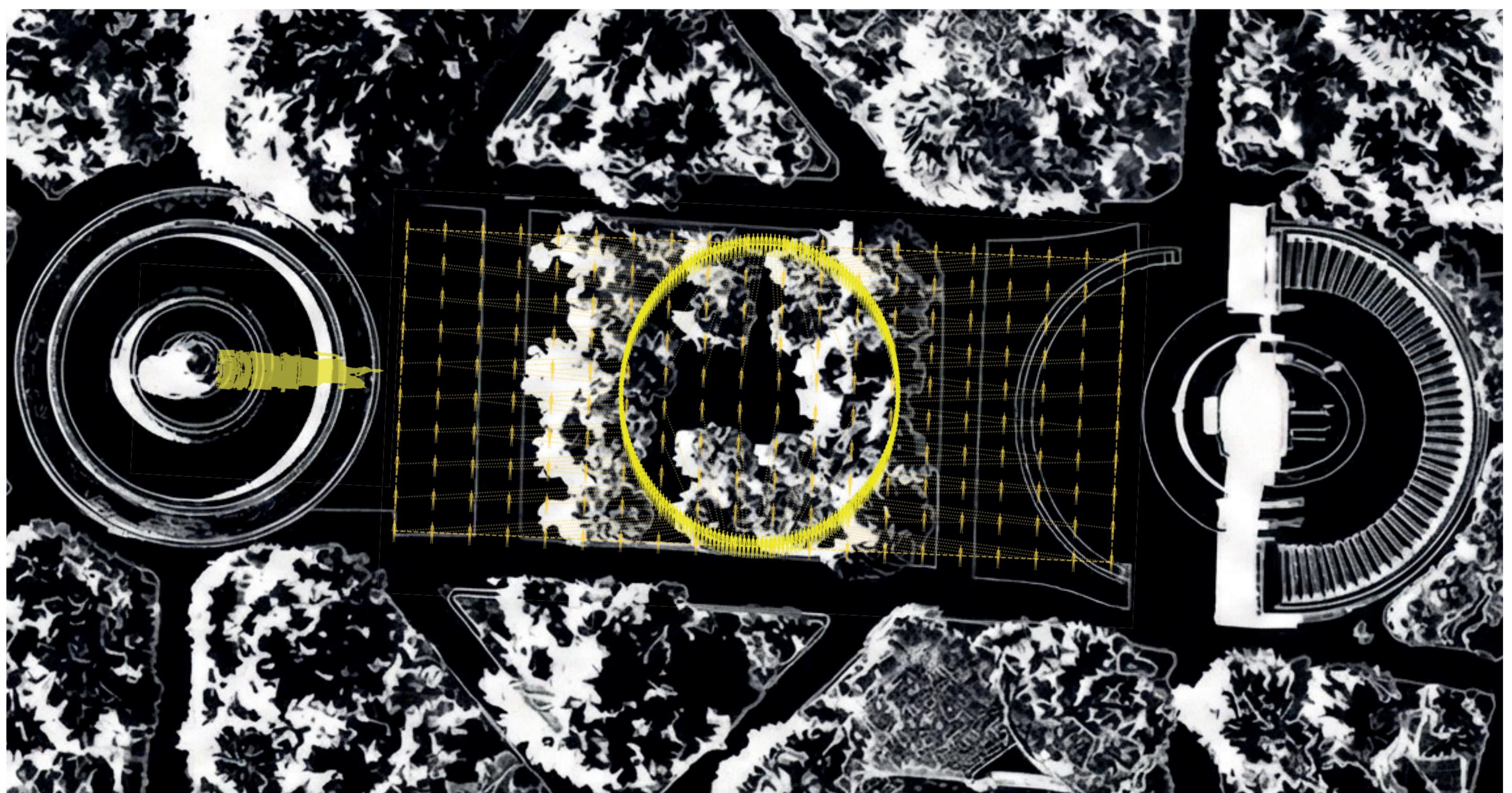


El Plano Latente

El Plano Latente propone una ficción urbana donde el acto cotidiano de caminar se convierte en una coreografía colectiva. Durante una hora, el pavimento del Paseo del Espolón se activa como una partitura compartida, construida por el cuerpo y por el tiempo solar. La intervención no introduce un objeto autónomo, sino un rito ciudadano que reinterpreta el monumento existente desde la acción común. Frente a la permanencia del héroe individual, emerge una identidad construida por la presencia sincronizada de la comunidad.



LA PREMISA: CAMINAR ES DANZAR

EL PLANO LATENTE transforma el pavimento de Logroño en una partitura de acción colectiva. Inspirado en el manifiesto "My walking is my dancing" (Anne Teresa De Keersmaeker), el proyecto postula que el desplazamiento más básico —el paso humano— contiene la potencia arquitectónica para redefinir el espacio público.

No instalamos un objeto; orquestamos una coreografía de ensamblaje donde 200 ciudadanos y 12 bailarines profesionales disuelven la frontera entre espectador y actor, desafiando la rigidez histórica del monumento con la fluidez del cuerpo vivo.

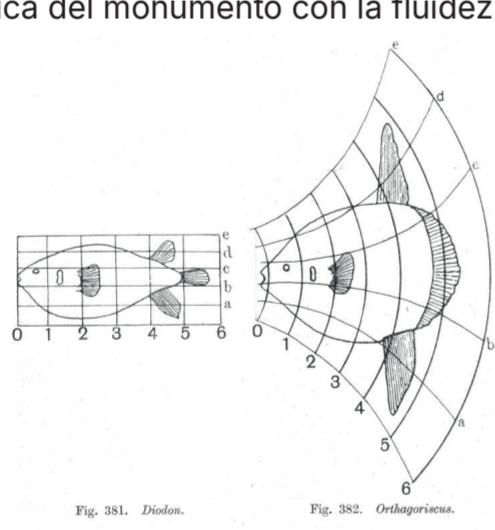


Fig. 381. *Diodon*.

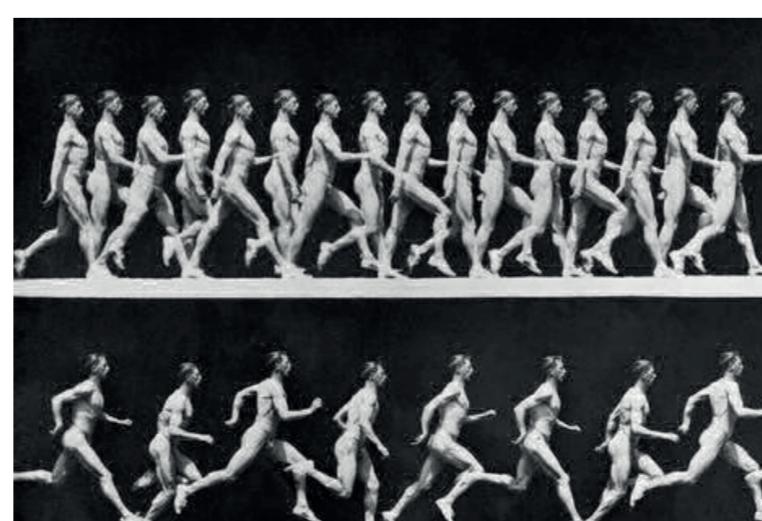
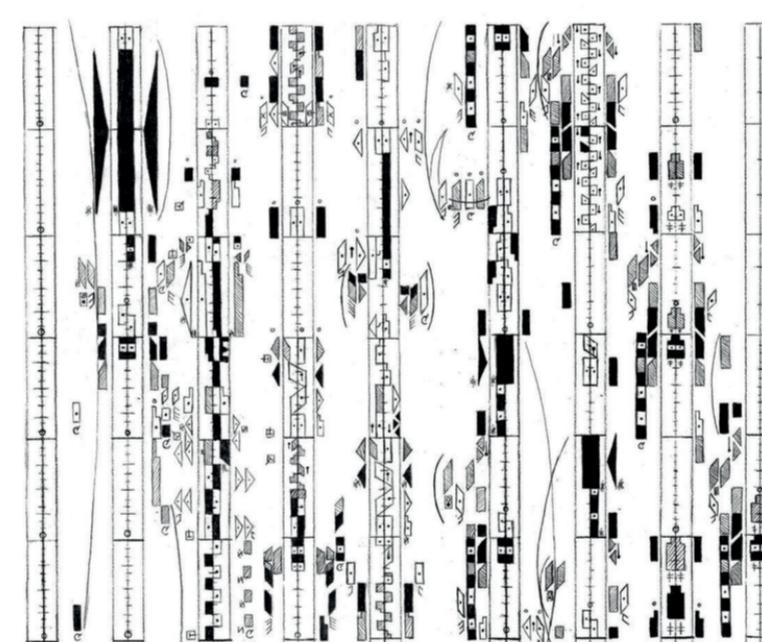
Fig. 382. *Orthogoniseus*.

ANTES: LA EXPECTACIÓN

EL PLANO LATENTE parte de una idea arquitectónica radicalmente simple: la arquitectura no empieza cuando se usa, sino cuando modifica la expectativa del uso. Antes de cualquier acción, el proyecto actúa sobre el tiempo previo, sobre la preparación perceptiva del espacio y del cuerpo colectivo. En este sentido, la intervención se sitúa deliberadamente en un umbral temporal, entre lo que aún no ha ocurrido y lo que ya ha comenzado a insinuarse.

Desde el inicio del festival, el Paseo del Espolón aparece atravesado por una traza geométrica precisa, ejecutada mediante replanteo topográfico y dibujada directamente sobre el pavimento con tiza profesional de alta durabilidad. Esta operación técnica no busca eficacia constructiva, sino densidad simbólica y corporal. La traza no se activa, no se señaliza, no se explica. Permanece visible durante días como un dibujo silencioso, una inscripción que altera la percepción del suelo sin modificar todavía su uso. Los peatones la cruzan, la pisan, la ignoran o la observan, sin saber que están atravesando una coreografía futura, una arquitectura aún no manifestada.

Esta fase prolongada de latencia convierte el espacio público en un lugar de espera compartida. El proyecto no se impone como evento, sino que se infiltra lentamente en la vida cotidiana. Arquitectónicamente, el Espolón deja de ser un soporte neutro y se convierte en una superficie cargada de tiempo, donde la forma precede a la acción y la acción es todavía promesa. La obra existe ya, pero aún no sucede.



LA ATMÓSFERA: CRONOFOTOGRAFÍA SONORA

El evento no es solo visual; es una experiencia acústica y táctil que transforma la percepción del Espolón.

El Ritmo de los Pasos (18:16 - 19:00 h): Al inicio, el único sonido es el roce de 200 pares de pies sobre el granito y el chasquido seco de la madera al ser recogida del suelo. Inspirado en la austereidad de Anne Teresa De Keersmaeker, no hay música amplificada. La banda sonora es la respiración de la masa y el ritmo sincopado de los pasos guiados por los 12 activadores. Se genera un silencio activo, una concentración compartida que sacrifica el espacio público.

El Tacto de la Ofrenda: El participante experimenta el cambio de escala. De la inmensidad de la plaza a la intimidad de la pieza de 10x10 cm en su mano. La textura del chopo Garnica, cálida y ligera, contrasta con la frialdad monumental del soporte de piedra.

La Luz del Solsticio: La intervención comienza con la luz dura y horizontal de la tarde (que proyecta la sombra-guía) y termina con la luz dorada y difusa del ocaso. La "Hoguera Seca" final, con sus vetas de madera expuestas, captura esta última luz del día, brillando en el centro de la plaza oscura como si realmente estuviera ardiendo.



EL ELENCO: TENSIÓN Y MASA

La intervención opera mediante dos escalas de intensidad humana:

Los 12 Activadores (La Estructura Blanca): Doce bailarines profesionales se integran en la matriz. No son solistas, son pilares humanos inspirados en la tensión solidaria de las obras de Joan Català o Teresa de Keersmaeker. Su función es sostener el tiempo, habitar la pausa y "coser" el espacio con la mirada, actuando como metrónomos vivos que impiden que el caminar se vuelva banal.

Los 200 Portadores (La Masa Crítica): La ciudadanía de Logroño. Al caminar al unísono, su individualidad se sincroniza para formar un organismo único, una bandada coherente que transporta la materia y la memoria de un extremo a otro del paseo.

Una celebración coreográfica en el Paseo del Espolón